

Ironismo relacional: identidad personal y pérdida de memoria

Relational Ironism: Personal Identity and Memory Loss

Dominique Waissbluth Kingma

Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

dawaissbluth@uc.cl

Resumen

El análisis de la identidad en casos de pérdida de memoria en personas con Alzheimer permite iluminar cuestiones filosóficas y prácticas relevantes, tales como la toma de decisión, la autonomía, e incluso la interacción con quien padece la enfermedad. La literatura sobre continuidad psicológica atribuye identidad cuando no hay interrupciones en la memoria, por lo que la identidad en el caso de la enfermedad de Alzheimer presenta problemas. La identidad narrativa en sus versiones relacionales y no relacionales ofrece herramientas relevantes que no se encuentran, sin embargo, exentas de problemas. Entre otras cosas, tiende a desestimar la narrativa de los cuidadores o la del paciente. Asimismo, cuando existe contradicción de narrativas en teorías relacionales, se busca la mejor narrativa, o un acuerdo entre las narrativas en conflicto. Pero la mejor narrativa desestima una parte y el acuerdo entre ellas es inalcanzable para el caso en cuestión. En vistas de ello, retomaremos el ironismo (Rorty, 1989), que sugiere dualidad de diálogos al lidiar con problemas. Esto se usará para defender que las narrativas de una persona con Alzheimer y quien le es cercano son ambas válidas al constituir identidad del primero. En este caso particular, articularemos y defenderemos el ironismo relacional, que permite acoger narrativas inconsistentes sin buscar acuerdos. Según esto, la identidad personal en escenarios de Alzheimer se encuentra en constante tensión entre narrativas propias de quien sufre Alzheimer y las narrativas de sujetos cercanos. Cerraremos ilustrando los posibles beneficios sobre la mejor manera de interactuar con los pacientes.

Palabras clave: identidad narrativa, Alzheimer, relacionismo, cuidado del paciente, bioética, filosofía de la medicina.



Received: 18/11/2023. Final version: 19/12/2023

eISSN 0719-4242 – © 2023 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License



CC BY-NC-ND

Abstract

The analysis of identity in cases of memory loss, particularly in Alzheimer's disease, sheds light on relevant philosophical and practical concerns, such as decision-making processes, autonomy, and the improvement of interaction with patients. Literature on psychological continuity recognizes identity when there are no disruptions in memory, which is certainly not the case in Alzheimer's disease. Narrative identity, particularly in its relational and non-relational versions, delivers tools which are not exempt from difficulties. Either the caregivers' narrative or the patient's narrative is dismissed. Furthermore, if there is a contradiction of narratives in relational theories, we are advised to either find the best narrative or seek agreement. However, one option rejects one narrative, while the other is unattainable in practice for the case in question. Hence, we propose drawing from ironism (Rorty, 1989), which suggests duality of dialogues when dealing with problems. This will be used to defend that the narratives of both, a person with Alzheimer and those close to them, are valid when constituting identity of the former. In this case, we will articulate and defend relational ironism, which allows us to embrace inconsistent narratives without seeking agreements. According to this, personal identity in this case is in constant tension between the narratives of those who suffer Alzheimer's disease and the narratives of those close to them. We close illustrating possible benefits for how best to interact with patients.

Keywords: narrative identity, Alzheimer's disease, relationalism, patient care, bioethics, philosophy of medicine.

1. Introducción: Alzheimer y su análisis identitario para atender cuestiones prácticas¹

La enfermedad de Alzheimer presenta desafíos importantes no sólo en torno a cuestiones como la autonomía y el cuidado, sino también en torno a la identidad de quienes la padecen. Esto último se debe principalmente a la pérdida de memoria paulatina que se suscita en esta enfermedad neurodegenerativa, que nos obliga a estar alertas con respecto a la progresión de sus síntomas. Entre problemas que emergen con la sintomatología se encuentran situaciones como la desorientación espacial, por lo que hay casos de personas que salen de sus casas y no encuentran su camino de vuelta, o por ejemplo olvidar que se ha dejado prendido el gas y causar un accidente.

La cuestión de la identidad en estos casos se ha analizado desde diversas posiciones. Una de ellas es la teoría de la continuidad psicológica, que sostiene que se da identidad en el tiempo en la medida que el sujeto tiene capacidad de recolección de eventos y experiencias pasadas, y por ende puede también proyectar hacia el futuro. Sin embargo, esto implicaría afirmar que la persona previo a la enfermedad es distinta que la persona con la enfermedad debido a la pér-

¹ Este artículo fue en parte elaborado durante una estada de investigación en el Department of History and Philosophy of Science, University of Cambridge y una estada de investigación en el Centre for Philosophy of Natural and Social Sciences, London School of Economics



didada de memoria. Por ello, la identidad narrativa ofrece una propuesta alternativa interesante para el caso de pérdida de memoria, debido a que no se enfoca en resolver la pregunta por la reidentificación. Este cambio elimina la pérdida de memoria como problema identitario, pues su enfoque radica en la caracterización del sujeto examinando qué lo constituye como una identidad particular y no su identidad en el tiempo.

Se presenta también la opción de analizar el caso de la identidad de sujetos con pérdida de memoria debido a la enfermedad de Alzheimer mediante teorías fisicalistas. En otras palabras, justificar los criterios de identidad en el tiempo mediante un enfoque biológico, donde las propiedades que nos hacen quienes somos corresponden a las propiedades del cuerpo que habitamos. Esto evitaría el problema de una diferencia de identidad entre el sujeto previo a la enfermedad y cuando se encuentra sufriendo esta. Sin embargo, este trabajo no hace uso de estas teorías de la identidad debido a que buscamos una noción de identidad que pueda recoger los intereses y deseos de las personas, en la medida en que estos puedan ser tenidos en cuenta para tomar decisiones y darles una mejor calidad de vida.

En el caso de la identidad narrativa de un sujeto con Alzheimer, esta se entiende como una narrativa que se encuentra en un presente constante. Esto se refiere a que, a medida que pasa el tiempo y la enfermedad empeora, el sujeto olvida cada vez más sus historias pasadas, centrándose en intereses y deseos del momento, sin que estos estén necesariamente informados por la historia de vida. En otras palabras, al ser una enfermedad en la que hay pérdida de memoria paulatina, al pasar el tiempo y aumentar la sintomatología, se pierde el acceso a la información de las historias pasadas que suelen informar la narrativa de vida de un sujeto. A pesar de esto, pueden existir en la vida del sujeto con Alzheimer personas cercanas que, en cambio, tienen acceso a la narrativa pasada del sujeto, aunque sea de forma externa.

En el presente artículo, para el análisis de este caso elaboramos una propuesta que extrae elementos de teorías de identidad narrativa. Mostraremos que esta forma de analizar la identidad de los sujetos permite posicionarnos en una concepción constructivista de la identidad, sin concebir la identidad como un fenómeno estático asociado a ideas de sustancias inamovibles. Nuestra aproximación se diferencia del constructivismo, sin embargo, en tanto que nos permite abarcar los cambios que ocurren en el tiempo no como anomalías en la narrativa del sujeto, sino que como nuevas narrativas válidas y constituyentes de su identidad.

Dentro de estas teorías narrativas de la identidad se presentan perspectivas relacionales y no relacionales. Estas permiten vincular el rol de los otros en la construcción de la propia narrativa, ofreciendo elementos para garantizar la validez de esta. En el caso de las teorías no relacionales, estas reconocen la importancia del otro, pero quien es el eje de decisión final de la validez de la narrativa es la propia persona. En cambio, las teorías relacionales le otorgan mayor influencia a los otros en la propia narrativa de un sujeto, al punto de modificarla en algunos casos.

Por otra parte, en nuestro argumento jugará un rol central el ironismo. Esta propuesta emerge de Rorty (1989), quien utiliza esta noción para explicar las diferencias en las narra-



tivas que el filósofo desarrolla en las esferas privadas y públicas. Algunos pensadores se han enfocado en una u otra, pero según el autor es imposible explicar un área con el lenguaje de la otra. Por esta razón, el rol del filósofo es el de un ironista, el cual está constantemente cuestionando su propio lenguaje. En nuestro argumento, esta constante tensión entre lo privado o lo público lo interpretaremos como la dualidad de narrativas que pueden convivir en la identidad de un sujeto.

Gracias a estos diálogos diferentes en coexistencia, la idea ironista se utiliza aquí para hablar del caso del sujeto con Alzheimer. Este se encuentra en la situación particular de elaborar una narrativa en un presente constante que puede diferir de la narrativa que en algún momento sostuvo teniendo todas sus capacidades cognitivas intactas. Esta narrativa contrasta con la que sostiene quien es cercano al sujeto con Alzheimer, pues este tiene acceso a la información pasada. La narrativa que la persona cercana tiene del paciente con Alzheimer se encuentra en tensión, pero en diálogo, con la narrativa presente constreñida del paciente mismo. Sin embargo, no podemos esperar que llegue a haber un equilibrio o acuerdo significativo entre ambas. Para argumentar que podemos entender a ambas narrativas como válidas proponemos una variedad relacional del ironismo narrativo, según la cual en lugar de sólo optar por la narrativa presente del sujeto con Alzheimer, de encontrar la mejor narrativa, o incluso intentar un balance entre diferentes narrativas, se considera ambas partes como válidas, aun cuando difieran. Esto querría decir que la identidad narrativa de quien sufre esta enfermedad está en permanente tensión entre la narrativa válida del presente y la narrativa externa, igualmente válida, pero suplementada por los eventos del pasado.

Para dar cuenta a cabalidad de la literatura que comprende la propuesta del ironismo relacional, en la sección 2 ofrecemos un análisis acotado del estado del arte de las posiciones relacionales respecto a la identidad narrativa. Se explica, primero, qué se entiende por identidad narrativa, y luego se describen las posiciones no relacional y relacional para analizar diferentes formas de entender el rol de las narrativas externas. En la sección 3 examinamos la idea de ironismo que defiende Rorty (1989), que emplearemos para elaborar nuestro enfoque narrativo plural. La sección 4 elabora nuestra propuesta, a saber, el ironismo relacional. Esta extrae ideas de la sección 2 y 3 sobre la influencia de la narrativa de otros y la coexistencia de narrativas diferentes correspondientemente. Aplicaremos este marco teórico al caso particular de quien padece Alzheimer. Sostendremos que la narrativa del sujeto con Alzheimer y de quien le es cercano son ambas válidas y constituyentes de identidad. Esto conlleva a afirmar que la concepción de identidad narrativa dentro del marco de la enfermedad de Alzheimer se encuentra en constante tensión. Finalmente, la sección 5 extrae algunas conclusiones de esta propuesta con el objetivo de utilizarlas como guía en una mejor interacción en el cuidado en etapas tempranas y moderadas de personas con esta enfermedad.

2. Identidad narrativa: posiciones relacionales y no relacionales

La identidad narrativa como herramienta de análisis respecto de la identidad personal de los sujetos, en general, busca resolver la pregunta por la caracterización. Esta pregunta gira en torno a definir qué elementos son válidos al construir una identidad personal. En otras palabras, se espera identificar y definir cuál es mi *yo* auténtico, discerniendo qué aspectos del carácter, de las experiencias e historias son definitorias. Para el caso particular de las teorías de identidad narrativa, esto se realiza mediante la narración de vida que el sujeto construye de sí mismo. Esto quiere decir entonces que los elementos que el sujeto enfatiza respecto a sus propias vivencias dependen de la articulación de una narrativa, la cual ciertamente se encuentra en constante interacción con otras personas relevantes. La siguiente cita ilustra el concepto de identidad narrativa:

Imaginemos, por ejemplo, un sujeto de experiencias a quien varias experiencias simplemente le sucedieron a lo largo del tiempo. Los acontecimientos se unificarían en un aspecto puramente pasivo, simplemente como las experiencias contenidas en la vida de ese sujeto de experiencias. Pero para que ese sujeto sea una persona, un agente moral genuino, esas experiencias deben estar unificadas activamente, deben reunirse en la vida de un ego narrativo en virtud de una historia que el sujeto cuenta y que teje, dándoles una especie de coherencia e inteligibilidad que de otro modo no habrían tenido. (Shoemaker, 2005, Section 2.3, mi traducción)

Por lo que se puede apreciar, la identidad narrativa es una forma constructivista de examinar la identidad personal de los sujetos. Esta narrativa permite organizar las experiencias de vida entendiendo qué aspectos son válidos y representan lo que caracteriza a cada sujeto. Cabe mencionar aquí nuevamente el beneficio de usar teorías narrativas de identidad y no teorías de continuidad psicológica. En identidad narrativa el enfoque es en la caracterización, es decir, discernir qué aspectos de mi carácter, de mis experiencias e historias son las que me definen como un *yo* específico. Esto, por ende, no incluye la pregunta por la reidentificación que es en lo que se enfocan teorías de continuidad psicológica. Se elimina el interés por la causalidad en el tiempo de las propiedades, ya que discernir a un *yo* específico no se obtiene mediante la identificación en el tiempo, sino que la relevancia radica en la adjudicación y coherencia de una narrativa, no en su conexión causal de eventos.

Con respecto a la literatura sobre identidad narrativa, uno de los autores principales es Paul Ricoeur, quien dirige la atención a estudiar *quién* en lugar de *quién en el tiempo*. En su libro *Sí Mismo como Otro*, Ricoeur (1996) enfatiza que analizar solamente la cuestión de la mismidad no es suficiente para abarcar en completitud las complejidades que presenta la noción de identidad personal. El autor decide en primera instancia diferenciar dos conceptos que son fundamentales para este texto: “identidad como mismidad (latín: *idem*; inglés: *sameness*; alemán: *Gleichheit*); y de otro lado, la identidad como ipseidad (latín: *ipse*; inglés: *selfhood*; alemán: *Selbstheit*).” (1996, p. 109). Esta distinción enmarca la identidad narrativa como un puente entre lo estático de la identidad numérica del sujeto, y su carácter más activo,

el que se construye a sí mismo (1996, pp. 109-116). En breve, la postura ricoeuriana de la identidad narrativa concibe al sujeto como uno que se reconoce a sí mismo de forma reflexiva (ipseidad) en esa narrativa que arma mediante su permanencia en el tiempo (mismidad) y su interacción con otros. La narración se convierte en el método según el cual el sujeto se entiende a sí mismo y le permite posicionarse en el mundo e interactuar con otros.

Esta narración, por la cual el sujeto busca entenderse a sí mismo, es vital para la concepción de identidad narrativa. Sin embargo, no todas las narrativas son constituyentes de identidad. Para entender este punto, considérese la postura sobre identidad narrativa que aparece en *The Constitution of Selves* (Schechtman, 1996). La autora llama a su propuesta “visión narrativa de la autoconstitución”, la cual busca ayudar a establecer restricciones para discernir si cierta característica corresponde o no a cierto *yo*. En primera instancia, según esta postura, las personas se constituyen como tales al crear narrativas autobiográficas. Esto quiere decir que los individuos se constituyen como personas al crear narrativas propias (Schechtman, 1996, p. 93). En particular, los sujetos se constituyen a sí mismos al entenderse como persistiendo en el tiempo, recolectando sus experiencias pasadas, teniendo interés en sus experiencias futuras, y tejiendo con ambas partes la historia de su vida. Además, para la autora, el proceso de construcción de identidad es una cuestión activa que involucra a otros, y que debiera estar en sintonía con la visión de uno que tienen los otros (Schechtman, 1996, p. 93).

Respecto a cómo encontrar narrativas constituyentes de identidad, Schechtman establece dos criterios relevantes a considerar: a) coherencia con la realidad, y b) criterio de articulación local. El primero tiene que ver con el vínculo entre la narración del sujeto con la realidad. Ello permitiría que su narración sea viable. La narración debe ser inteligible. Según Schechtman (1996, pp. 97- 98), al igual que una historia, se espera que las acciones, valores, pensamientos y características de un sujeto sean coherentes creando una imagen robusta. Por supuesto, no existe la coherencia perfecta, ni tampoco habría que seguir experiencias aleatorias sin conexión entre una y otra. Esto quiere decir que la autoconcepción de un sujeto debe ser coherente con la realidad que me rodea y con la historia que los otros cuentan acerca de mí. Mientras más coherente es una acción, experiencia o característica con el resto de la narrativa de la persona, entonces el grado de contribución a la inteligibilidad de la narrativa es mayor (véase Schechtman, 1996, pp. 119 -125).

El criterio de articulación local no debe entenderse como un sujeto que siempre narra cada instante de su vida. Sólo se exige en caso de ser necesario, es decir, el sujeto debe ser capaz de explicar el motivo de su comportamiento, de su creencia, de su carácter, y así sucesivamente. Al igual que el criterio anterior, el sujeto puede cometer errores o no ser preciso en su explicación, como lo es por ejemplo el caso de comportamientos de auto-sabotaje. Esto en general se puede explicar como elementos en el subconsciente que están afectando la narrativa de un sujeto y que pueden explicarse al extraer de la historia de vida de alguien en periodos formativos algún suceso no explicitado (Schechtman, 1996, pp. 114-119).

Pues bien, en la literatura sobre identidad narrativa existen además diferentes posiciones que pueden dividirse en posturas relacionales y no relacionales. Dentro de las no relacionales se encuentra el trabajo de Schechtman, ya que, si bien considera la interacción con otros como relevante, esto es sólo para cotejar si la narrativa cumple con los criterios mencionados anteriormente. Al momento de determinar qué narrativa es la central, la única narrativa relevante es la propia. Esto quiere decir que el foco de atención radica en cómo validar la narrativa propia, lo cual lo hace uno mismo, y no depende de la validación externa ni de la influencia mayor o menor que puedan tener las narrativas de otros.

En cambio, las posturas relacionales aceptan que las narrativas que los otros tienen sobre nosotros son las que pueden constituir total o parcialmente nuestra identidad. Francois Baylis (2012) y Hilde Lindemann Nelson (2001) argumentan sobre el rol que pueden tener las narrativas de otros en términos de constituir la propia identidad. Baylis se enfoca en generar un balance entre la narrativa propia y la narrativa que otros tienen de mí. Lindemann, en cambio, se enfoca en la credibilidad de una narrativa, independientemente de la fuente de la narrativa, llevando a concebir casos en que la narrativa de otros sobre mí es la narrativa constituyente de mi propia identidad.

En primer lugar, Baylis defiende el balance de narrativas sólo cuando no hay concordancia entre la propia narrativa y la que un tercero tiene sobre mí. Esto es tan importante en su argumento que sólo las auto-narrativas balanceadas son las que constituyen la identidad de los sujetos (Baylis, 2012, p. 119). Las distintas perspectivas sobre la propia narrativa tienen lugar mediante la proyección de la narrativa del propio sujeto. Esta proyección puede tomar dos formas, a saber, una narración preferida (lo que el sujeto *quiere ser*) o performativa (lo que el sujeto *puede ser*), las cuales pueden proyectarse en conjunto, o escoger una o la otra. Mediante esta proyección los otros generan una perspectiva de la narrativa de un sujeto particular en cada caso.

En cuanto a los momentos en los que hay contradicción, el sujeto en cuestión puede optar por las siguientes opciones:

- i) intentar proyectar con mayor éxito su auto-narrativa (preferida o performativa),
- ii) chequear la narrativa de sí mismo que se está proyectando,
- iii) cambiar su auto-comprensión como acto de deferencia hacia los otros, pues reconoce que los otros no están percibiendo su narrativa preferida y en cambio ven sólo la performativa,
- iv) refutar las percepciones de los otros que no están alineados con la auto-narrativa proyectada, aclarando las discrepancias como errores interpretativos,
- v) o finalmente cambiar de entorno en la medida de lo posible por un ambiente que sea más receptivo de la auto-narrativa proyectada (Baylis, 2012, pp. 119-120).

Lo que se busca con estas opciones, según Baylis, es que en casos de contradicción narrativa, se deben que tomar las medidas necesarias para un balance, ya sea insistiendo en la propia narrativa, modificando la propia narrativa, o buscando otro interlocutor. Este interés por la perspectiva que otros tienen acerca de un sujeto radica en ser invitaciones para que el último reflexione o considere su propia narrativa.

Una postura diferente es ofrecida por Lindemann (2001) en *Damaged Identities. Narrative Repair*. La autora describe que la identidad es sólo *en parte* construida por la persona misma. Para la autora (2001, p. 81), el contenido de la propia narrativa puede llegar a estar constituida por el contenido de la narrativa de los otros que el sujeto estima en mayor medida, convirtiendo así la identidad personal en un fenómeno social y no simplemente individual o relativo a la sola experiencia de un sujeto. En otras palabras, la cuestión respecto a quienes somos es a menudo una cuestión de quién nos considera (Lindemann, 2001). Esto se expresa mejor cuando hay contradicciones de la propia narrativa con la narrativa que tiene otro sobre mí. Para este propósito, Lindemann (2001, pp. 92 -93), en lugar de un requisito de coherencia, propone un requisito de credibilidad: si una narrativa cumple este criterio, esta es entonces la narrativa constituyente de identidad, independientemente de si este cumplimiento es por parte de la persona misma o de un tercero. Para este requisito la narrativa debe de cumplir tres características. Estas son que la narrativa cumpla con fuerte fuerza explicativa, es decir, la narrativa que mejor explique alguna característica personal basándose en evidencia disponible (2001, pp. 93-94); que haya correlación con la acción, a saber, la narrativa se condice con las acciones realizadas informadas del pasado y proyectables al futuro (2001, p. 95); y el peso o la importancia de la narrativa para el sujeto (2001, p. 96).

3. Ironismo: visión del autor Richard Rorty

Así como la cuestión relacional es importante para este trabajo, también lo es el aspecto ironista. En primera instancia, cabe revisar una definición estándar de lo que se entiende por la palabra *ironía* y así tener una base conceptual. La Real Academia Española define ironía así: “expresión que da a entender algo contrario o diferente de lo que se dice, generalmente como burla disimulada.”² De esta definición, este trabajo se enfoca principalmente en la cuestión de la contradicción y no en el aspecto de burla que aparece en la definición. En particular la atención se encuentra puesta en esa contradicción que se da de manera implícita en el discurso (en el caso del Alzheimer, veremos en la siguiente sección, entre la narrativa que un sujeto construye sobre sí mismo y la que construye otra persona).

Además, la contradicción en cuestión se encuentra en el texto de Rorty (1989) *Contingency, Irony, and Solidarity*, fuente a partir de la cual posicionaremos la propuesta del ironismo relacional de este trabajo. El autor elabora este concepto a través de casos en los que hay dos formas de diálogo diferentes, a saber, públicos y privados. Ambos son considerados válidos e

² Definición extraída de la Real Academia Española. Véase: <https://dle.rae.es/iron%C3%ADa>

importantes para la comprensión de la interacción humana. A continuación se analizará en mayor detalle esta postura, para clarificar y derivar elementos relevantes para nuestra propuesta.

Para contextualizar esta aproximación del autor, es necesario entender que en el texto en cuestión, Rorty (1989, pp. xiii-xiv) busca dar con mecanismos para elaborar una perspectiva no teológica ni metafísica para entender la interacción de los seres humanos. Desde aquí describe que hay autores que se aproximan a esto desde formas más privadas y otros que se enfocan en lo público. Los primeros analizan problemas que se pueden caracterizar por enfocarse en el sujeto mismo, su perfeccionamiento, análisis en torno a su agencia, su auto-creación, entre otros. Por otro lado, las aproximaciones públicas buscan responder a problemáticas de manera colectiva, analizando cuestiones de convivencia humana como elucidar qué es justo, qué es ser libre, o cómo se identifica un colectivo. Sin embargo, centrarse netamente en una perspectiva o la otra no permite abarcar el quehacer humano en su conjunto, y además los intentos de aunar ambas no son posibles, sostiene Rorty (1989, p. xiv). Por ello, en el texto trata las cuestiones privadas y públicas, no en términos de que una prepondere sobre la otra, sino que las considera igualmente válidas a la vez que siempre separadas. Esto le permite más adelante argumentar a favor de una sociedad secular que busca oponerse a la crueldad, sin basarla en ideas abstractas como *justicia* o *humanidad común* (Rorty, 1989).

Ahora bien, respecto a estas cuestiones, Rorty (1989, pp. 6, 21, 75) utiliza lo que acuña con la expresión *ironismo* para describir a quienes logran ser completamente conscientes de que el conocimiento y el lenguaje están constreñidos por el tiempo y el lugar, y que por ello pueden alejarse de sus propias creencias. En otras palabras, se busca ver desde fuera el lenguaje y las creencias en las que uno ha crecido. Sin embargo, Rorty sostiene que: “(...) una creencia aún puede regular la acción, todavía puede considerarse que vale la pena morir por ella, entre personas que son muy conscientes de que esta creencia no es causada por nada más profundo que lo circunstancia histórica contingente.” (1989, p. 189).

A partir de aquí, el concepto de ironismo resulta clave. El autor enfoca su análisis del ironismo en el caso del filósofo como un ironista. El filósofo ironista es en este contexto un sujeto capaz de estar constantemente cuestionando el lenguaje, y por ende también su entorno. Rorty (1989, p. 73) define como ironista a alguien que cumple tres características: primero, tener dudas radicales y continuas sobre el propio vocabulario a raíz de la exposición del vocabulario por diversas fuentes; segundo, darse cuenta de los límites que presenta su vocabulario actual para resolver estas dudas; y tercero, no cree estar más cerca de la realidad de otros por el solo hecho de adquirir mayores conocimientos.

Como se puede evidenciar, el lenguaje es una cuestión de sumo interés, puesto que al ironista “le preocupa que el proceso de socialización que lo convirtió en un ser humano al darle un lenguaje pueda haberle dado el lenguaje equivocado, y así convertirlo en el tipo equivocado de ser humano.” (Rorty, 1989, p. 75). El lenguaje no es mero medio de comunicación, sino que las palabras que empleamos y la forma en la que nos comunicamos con otros

cobran particular relevancia. Esto es, ellas nos permiten expresar nuestras creencias, justificar nuestras acciones y dar cuenta de la propia vida. Se trata de lo que Rorty (1989, p. 73) llama vocabularios finales. Esta forma de comunicarnos conforma la vía por la cual damos cuenta de la propia narrativa e interactuamos con otras narrativas, permitiendo hacer notar a otros y a nosotros mismos los aspectos centrales de nuestra narrativa.

Es importante mencionar que, por un lado, la búsqueda de un vocabulario final no está destinada a converger, incluso en casos de ironistas como Heidegger, Nietzsche o Foucault, quienes utilizan discursos privados, pues se enfocan en la auto-imagen (Rorty, 1989, p. 83). Sin embargo, el desarrollo de sus ideas no es de tanta utilidad en un ámbito público. Por otro lado, entre los filósofos ironistas que se enfocan en lo público se encuentran Marx, Mill, Dewey, Habermas o Rawls, los cuales desarrollan ideas que podrían ser de utilidad pública, pero no así en el ámbito privado. La distinción, sin embargo, es problemática. Resulta difícil defender que quien se centra en trabajar sobre lo privado esté desligado de responsabilidades más públicas dentro de la comunidad en la que vive (sea esta su vecindario, su ciudad o su país). Esto ocurre de la misma manera en la otra dirección: es difícil sostener que quien trabaja en cuestiones más públicas esté exento de su vida privada y el mejoramiento de esta mediante reflexión personal.

Esta aparente contradicción entre lo privado y lo público es de sumo interés para este trabajo, y la desarrollaremos en más detalle en nuestro análisis de la enfermedad del Alzheimer en las páginas siguientes. Por lo pronto, para cerrar esta sección cabe observar que esta dualidad del discurso público y privado puede verse también reflejado en cómo los sujetos interactúan diariamente con su entorno. La interacción y narrativa de una persona en el contexto de su trabajo en comparación a su vida privada pueden ser sumamente disímiles. Es posible, por ejemplo, que alguien en su ambiente laboral se muestre a sí mismo como alguien con una narrativa parca, seca y hasta casi hostil, mientras que en casa con su familia y pareja se muestra con una narrativa mucho más sensible y amorosa. Esta dualidad en la interacción de las narrativas de vida de un sujeto puede emplearse para desarrollar en más detalle nuestro ironismo relacional. La posibilidad de que existan dos discursos distintos que refieren al mismo sujeto, una en una esfera privada que emplea un tipo de discurso, mientras que en la esfera pública se exprese un discurso diferente, nos ofrece herramientas para abordar la cuestión de la identidad de sujetos con Alzheimer. Ambos discursos pueden ser atribuidos apropiadamente al mismo sujeto, pero no puede pasarse por alto que ellos difieren dependiendo de su contexto, a pesar de lo cual pueden ser válidos en términos de identidad. Esto último se verá en mayor detalle en la siguiente sección que combina las ideas de ironismo con las de identidad narrativa relacional.



4. Ironismo relacional e identidad de sujetos con Alzheimer

Las visiones relacionales de identidad narrativa son útiles al analizar la cuestión identitaria en situaciones usuales. Sin embargo, cuando el sujeto de interés se encuentra en etapas tempranas y moderadas de la enfermedad del Alzheimer, la aproximación identitaria debe cambiar. La carencia de memoria y el deterioramiento cognitivo en el tiempo presenta una situación anómala en el marco del estudio de la identidad, que puede ser fructífero si lo examinamos desde ciertas perspectivas.

En este marco es necesario analizar los beneficios que las teorías narrativas relacionales y el ironismo pueden aportar en vistas del Alzheimer. La combinación de ellas en el ironismo relacional puede arrojar luz sobre cómo lograr una interacción más comprensiva y digna para con sujetos que sufren de Alzheimer. Lo primero que cabe preguntarse es si un sujeto puede o no cumplir en alguna medida con las condiciones necesarias para construir una identidad. ¿Puede alguien que padece esta enfermedad, con las carencias que esta representa, lograr adherirse a ciertos parámetros identitarios?

Es necesario notar que, si bien esta enfermedad no necesariamente socava el concepto de identidad narrativa por la mera falta de memoria, tampoco puede analizarse de manera similar a casos de sujetos con sus capacidades cognitivas no impedidas. Al hablar de identidad narrativa como una manera de entender identidad de forma constructiva tenemos que proveer elementos mínimos para la construcción. Este es uno de los desafíos que presenta el Alzheimer en el presente contexto. Los contenidos de la narrativa de vida de un sujeto se extraen de sus vivencias, que corresponderían a los elementos fundamentales de la identidad. Pero, debido a la pérdida de memoria, el sujeto carece de acceso a tales vivencias pasadas. Con todo, se ha observado que el sujeto con Alzheimer, en sus etapas tempranas a moderadas, sigue demostrando deseos e intereses aunque sean limitados en comparación a sus intereses previos a la enfermedad.

Teniendo esto a la vista, nos interesa tomar aspectos de las teorías relacionales de identidad narrativa, pero esta vez relacionándolas con el ironismo, que en nuestro caso se presenta en vistas de la aparente disparidad de narrativas que obtenemos acerca de un sujeto en la dicotomía del discurso privado y público. Esto será vital ya que la narrativa de cuidadores y personas cercanas a quien padece la enfermedad es clave para el cuidado de este, y además de la identificación de potenciales necesidades para la toma de decisiones. Es por ello que el aspecto ironista es clave, pues en estos casos hay situaciones donde la narrativa discrepante del paciente también tiene que ser tomada como válida.

A este punto conciernen las ideas de la importancia de la influencia de los otros en la narrativa de un sujeto, además de las vías a seguir para identificar la validez de una narrativa constitutiva de la identidad personal. Se trata de elementos centrales, tales como el requisito de articulación local en conjunto con el requisito de coherencia (Schechtman, 1996), el requisito de credibilidad (Lindemann, 2001) y el requisito de equilibrio (Baylis, 2012). En cuanto al aporte del ironismo, la sola posibilidad de coexistencia de dos discursos diferentes



que refieren al mismo sujeto ofrece un marco teórico para concebir la identidad en casos de personas con Alzheimer.

Ahora bien, es necesario mencionar que nuestra propuesta no puede ser empleada a cabalidad en etapas muy avanzadas de la enfermedad de Alzheimer, ya que la capacidad cognitiva y de comunicación se pierden considerablemente. Solo al combinar las ideas relacionales y la cuestión de dos discursos disímiles coexistiendo y siendo válidos puede entenderse de manera particular el caso de quienes han perdido la memoria. Para entender esto, considérese cómo se aplicaría la idea del ironismo relacional en escenarios de capacidades cognitivas intactas: un mismo evento en la vida de X, que el sujeto interpreta de cierta forma, puede ser interpretado de manera diferente por otro sujeto Y. Por ejemplo, puede ocurrir que yo recuerdo con mucho afecto una salida a la playa con mi prima, mientras que, el mismo evento es recordado por ella como una de sus peores vacaciones.

En cambio, la identidad narrativa de sujetos con Alzheimer desde la perspectiva del ironismo relacional se vería de la siguiente manera: la narrativa presente del sujeto X con la enfermedad estaría en contraste con la información de su vida pasada, a la cual no puede acceder. Con todo, el sujeto Y puede todavía acceder parcial y externamente a ciertos elementos claves acerca de X. Estos varían entre datos informativos como nombre, su fecha de nacimiento o seguro de salud, como de elementos de la narrativa de vida tales como ideologías, su carácter general, o eventos y elementos significativos. Las narrativas acerca de X que ofrecen, en este caso, X e Y determinan igualmente la identidad del sujeto con Alzheimer, a pesar de que este no pueda acceder a sus memorias de vivencias pasadas ni pueda comprender la recolección de las mismas. Por lo demás, aunque X no lo note, su propia concepción de sí mismo y de su narrativa comienza a transformarse al no poder informar sus deseos e intereses mediante los recuerdos a los que no puede acceder. Esto puede llevar a una disparidad fuerte entre lo que recuerda Y de X, y lo que X expresa querer en su estado actual con la enfermedad, siendo esta disparidad lo que genera en los seres cercanos esa intuición de “ya no ser la misma persona que antes”. Por lo demás, incluso si ocurre algún caso en el que X e Y coincidan en algo, esto no está atravesado por las mismas interpretaciones que X tenía cuando podía acceder a sus memorias y experiencias personales.

Los contrastes entre unas narrativas y otras acerca de X se hacen patentes y suscitan tensión. Una vez más, por un lado, contamos con la narrativa que el sujeto con Alzheimer, X, ofrece acerca de sí mismo. Esta últimamente limitada en un presente constante y sujeta a cambios debido a la degeneración de sus capacidades cognitivas. Por otro lado, se encuentra la narrativa que Y ofrece acerca de X, el cual es un sujeto externo quien tiene la ventaja de tener acceso a los contenidos narrativos que X ha olvidado. Sin embargo, es importante mencionar que en este caso, e incluso en casos donde no hay neurodegeneración, Y por más cercano que sea de X, siempre ofrecerá una versión particular acerca de X que elabora desde su perspectiva. Para propósitos de este trabajo y además en términos prácticos del cuidado de paciente, consideraremos que la interpretación de Y es lo más cercano que se tiene a los contenidos de memoria pasados de X.

Las narrativas que ofrecen X e Y no solamente pueden diferir, sino que incluso pueden llegar a ser inconsistentes o contradictorias en situaciones cotidianas. El ironismo relacional sugiere en este caso que ambas narrativas, aun cuando se encuentren en contradicción, son necesarias para forjar una identidad comprensiva del sujeto con Alzheimer. De hecho, ambas narrativas están vinculadas al sujeto con Alzheimer, a saber, una (la de X) constituida por su presente inmediato y la otra (de Y) que es provista por un sujeto externo, que ha tenido o puede tener acceso a las vivencias de X.

En este punto, además de la narrativa entendida como sistema o conjunto de creencias, conviene enfatizar que, a pesar de haber olvidado sus experiencias pasadas, quien padece esta enfermedad sigue profesando deseos e intereses presentes. Tales deseos e intereses abren la posibilidad de una narrativa de vida en ese presente constante y susceptible siempre a cambios. Esta sería una narrativa de vida que es limitada respecto a la cuestión prospectiva y carente de los elementos más complejos contenidos en su vida pasada previa a la sintomatología. Un sujeto en etapas moderadas de Alzheimer parece desear ponerse de pie, o sentarse, o moverse de un lado a otro; y en etapas tempranas, siempre posterior al diagnóstico, desea ver a alguien, comer algo o estar en algún lugar.

La persona externa, a saber, Y, puede haber conocido de manera cercana al paciente con Alzheimer, habiendo incluso sido parte significativa de su vida, asegurando con esto una relación de cercanía, confianza y respeto. Esto le permite a Y tener acceso a una gran cantidad de memorias y experiencias que el primero ha vivido, pero ahora no puede recordar. Esta posición en la que se encuentra quien tiene acceso a la información pasada puede generar una narrativa del sujeto con Alzheimer que puede ser igualmente válida. En particular, considerando que el olvido de las memorias en esta enfermedad ocurre como un fenómeno paulatino y en etapas en las cuales puede haber aún lapsos de lucidez y recuerdos almacenados en memoria a largo plazo. El caso de quien padece Alzheimer y la posibilidad de entender la identidad de este en términos narrativos muestra que algunos aspectos no relacionales no pueden ser aplicados. Entre otros, la postura no relacional de Schechtman no resulta adecuada para este caso, puesto que la narrativa presente se desestimaría. Esto ocurre debido a que el sujeto con pérdida de memoria no puede realizar una articulación local de su narrativa, haciendo que la asistencia de un sujeto externo suplementando esta información resulte ser infructuosa. Este olvidará lo que se le ha dicho constantemente y sólo volverá angustiante las interacciones entre ambos. Asimismo, el requisito de coherencia con la realidad, al menos respecto a narrativas que no pongan en peligro al sujeto con Alzheimer, no pueden provenir directamente de éste. Este requisito debe cumplirlo una segunda persona si adoptamos la conceptualización de Schechtman.

Ahora bien, en el caso de las posturas relacionales, la enfermedad de Alzheimer presenta igualmente algunas dificultades al intentar aplicar las estrategias filosóficas recién mencionadas. Piénsese en el requisito de credibilidad de Lindemann. Como puede haber disonancia entre lo que narra el sujeto con Alzheimer y lo que le informa una persona externa, al intentar encontrar la mejor narrativa, muchas veces se puede terminar desestimando la narrativa del

sujeto con la enfermedad. La situación no es muy distinta en la propuesta de Baylis. Aunque interesante, el equilibrio que demanda Baylis mediante la narrativa que suplementan los otros y que tienen información del pasado del sujeto con Alzheimer no puede ser incorporada por este último, ni puede ser empleada por el paciente para revisar la propia narrativa y decidir si cambiarla o si modificar el entorno. Por lo demás, el estar constantemente corrigiendo o comprobando la memoria de quien padece Alzheimer puede ser dañino para el bienestar de este, por lo que el forzar un acuerdo no parece ser la mejor opción terapéutica. Inclusive sobre esto mismo, existen instituciones como SPECAL (*Specialized Early Care for Alzheimer's*) en Reino Unido que emplean técnicas de cuidado en las que no corrigen al sujeto con Alzheimer en su narrativa. El método fue elaborado y empleado por Penny Garner, quien llegó a la conclusión que las personas con demencia a menudo utilizan experiencias de su pasado más antiguo en las etapas tempranas de la enfermedad para darle sentido al presente que no pueden retener (James, 2009, p. 15). Este acceso a eventos muy recónditos de su pasado va desapareciendo en la medida que avanza la enfermedad, pero aun así el consejo de trato es seguir la narrativas incongruentes en la medida que no dañen al sujeto mismo o a otros (véase también Jauhar, 2023a; 2023b).

A diferencia de las posturas de las autoras mencionadas, el ironismo relacional se aplica fructíferamente en casos de personas con Alzheimer, puesto que, al momento de haber narrativas contrapuestas, asumimos que ambas interpretaciones son complementarias. Con ello, la identidad narrativa del sujeto con Alzheimer estaría en constante tensión, como la relación entre las cuestiones públicas y privadas que menciona Rorty (1989) (o como la tensión usual que suscita un acto locutivo irónico). En vistas de la situación identitaria en casos de pérdida de memoria, se nos invita aceptar el hecho de que, por mucha intención que haya de entender la noción de identidad como algo sustancial y permanente, ello no es factible en la realidad, menos aún en casos como este.

En escenarios usuales donde no hay neurodegeneración, no es raro que a lo largo del tiempo existan inconsistencias en las narrativas de vida de los sujetos. Ciertamente, hay un mínimo de coherencia y justificaciones que existen en este caso en el que cada sujeto arma su hilo narrativo, pero es normal que en el transcurso de la vida se detecten inconsistencias. En conjunto con otros eventos en el transcurso de la vida, estas ayudan a que los sujetos puedan madurar, aprender, adaptar su comportamiento, o comprender aspectos de sus propias vidas de manera más completa. La situación es extremadamente corriente en la transición desde la personalidad que alguien tiene en el periodo de la adolescencia y la personalidad que desarrolla en su adultez. En la adolescencia nos esforzamos por encontrar un sentido de pertenencia que consolide nuestra identidad, pero los factores que son relevantes en este período no necesariamente son los mismos para todos los interlocutores. Un adolescente que se identifica fuertemente con ciertas ideologías o modas puede ser visto por sus padres en ese periodo de su vida de forma completamente diferente. En este caso, si se consideran las narrativas del adolescente y la de sus padres se podrían encontrar inconsistencias.

Puede todavía, en cambio, articularse una única identidad desde la perspectiva ironista relacional. Se trata de narrativas complementarias. Lo mismo sucede con la sugerencia de Rorty acerca de la posibilidad de entender las narrativas privadas y públicas para decir que ambas narrativas pueden coexistir a pesar de ser inconsistentes o contradictorias entre ellas.

Algo que cabe notar es que en el caso de personas con Alzheimer no sólo puede ocurrir una contradicción dentro de la interpretación que el mismo sujeto profesa sobre su propia narrativa en distintas etapas, sino que también en la interpretación de otros acerca de la narrativa del paciente. Como la identidad narrativa de un sujeto se ve constantemente permeada de las narraciones de otros sujetos, estos pueden tener interpretaciones diferentes de eventos o partes de la narrativa de este.

Sin embargo, quien entra en la categoría de un sujeto relevante para llevar a cabo la tarea de contrastar interpretaciones de narrativas no puede ser cualquier sujeto. Para ello, éste tiene que enmarcarse en una afinidad de cercanía. Para que la propuesta ironista relacional funcione y no caiga en problemas de veracidad, el énfasis tiene que estar en la fuerza relacional que un Y tenga con un paciente X. No cualquier sujeto Y es un sujeto de importancia relacional para el sujeto X. Quienes clasifican como sujetos de importancia relacional son quienes han formado un vínculo afectivo significativo a través del tiempo previo a que la sintomatología de la enfermedad se haga presente. Esto querría decir que es más relevante la fuerza de la relación en base a la construcción mutua de la narrativa, y no necesariamente en base a vínculos pre-establecidos. Ello descarta inmediatamente a quienes son meros conocidos o desconocidos para el sujeto en cuestión. Además, permite entender que hay un filtro que permite identificar a quienes son realmente significativos en la narrativa de vida. Así, puede darse el caso que una persona tenga mayor relación afectiva con un amigo que con un familiar. En este caso, aunque sin lazos de parentesco, la amistad se presenta como un vínculo sólido para que Y constituya una fuente a partir de la cual se erija una narrativa externa de X.

En breve, en casos de identidad narrativa en la enfermedad de Alzheimer podemos contar con dos narrativas que pueden ser disímiles pero ambas complementarias, a saber, una proveniente del sujeto X que padece la enfermedad, mientras que la otra proviene de un sujeto Y, que es significativamente cercano a X. El sujeto que padece de Alzheimer no puede narrar su vida con eventos pasados, pues tiene acceso parcial o nulo a estos, variando de acuerdo con la etapa de la enfermedad que se esté considerando. Por ende, la tensión de identidad narrativa que se da con dos versiones se formula como un sujeto X que padece Alzheimer con una identidad narrativa constreñida en el presente constante en el que se encuentra y con las capacidades limitadas que su enfermedad le impone. Esta se pone en contradicción con lo que afirma el sujeto Y sobre el pasado de X, que en este caso no es una interpretación del mismo fenómeno que está narrando X. La contraposición aquí no sólo se da en términos de interpretación, como ocurre para los casos de sujetos sin impedimentos cognitivos. La contraposición se da entre la información que el sujeto Y conserva de la vida narrativa de X versus la identidad narrativa limitada del sujeto X con la enfermedad de Alzheimer.

Para consolidar la propuesta ironista relacional, ofrezcamos un ejemplo que ilustra de mejor manera cómo funciona esta interacción: supóngase que durante gran parte de su vida, Carla fue una excelente piloto, pero ahora que sufre de la enfermedad de Alzheimer, ya no puede acceder a los recuerdos que contienen la historia de lo significativo que fue este aspecto de su vida. Ahora bien, en su tercera edad y padeciendo Alzheimer en etapa moderada, ella enfoca toda su atención en tejer, lo cual jamás le pareció interesante previamente. Sea como fuere, su amiga Francisca, que es una amiga cercana y con la cual compartieron momentos significativos, la recuerda como una gran piloto. Con todo, Carla no puede más que recordar lo importante que es para ella tener sus ovillos y palillos para tejer. A su juicio, esta es una actividad que siempre ha hecho y le ha interesado. En este caso, la narrativa de Carla no es más ni menos válida que la narrativa que su amiga Francisca sostiene de su amiga piloto. Para Carla, las afirmaciones de Francisca acerca de su época como piloto le resultan confusas, en tanto que ellas no se adecuan a su identidad narrativa actual, según ella la entiende. Para Francisca, quien conoce la narrativa a la que su amiga no puede acceder por la enfermedad, le parece llamativa la vehemencia con la que su amiga afirma que tejer es lo que ha sido siempre fundamental para ella.

Asumiendo el ironismo relacional, en este ejemplo ambas están en lo correcto sobre la identidad narrativa de Carla. No hay un balance que hacer entre ambas para determinar qué narrativa se debe seguir, como defendería Baylis (2012). Tampoco se opta automáticamente por la narrativa de Carla, como podría defender las ideas de Schechtman (1996). Y si bien se considera el aporte que entrega un sujeto externo, este último no llega a influenciar de tal manera al sujeto con Alzheimer al punto que modifique su narrativa, como sugiere Lindemann (2001). En este caso, Carla no es capaz de retener la narrativa externa, menos integrarla al punto de modificar la propia. En su lugar, el ironismo relacional permite entender el caso de Carla como su identidad narrativa estando en tensión, pero a la vez considera ambas narrativas como válidas y pertenecientes al mismo sujeto, en este caso Carla.

5. Consideraciones prácticas del ironismo relacional y cuidado

En el caso de un sujeto con Alzheimer, al no encontrarse en una situación cognitiva usual, es posible que su narrativa esté en constante cambio, limitando las narraciones al presente actual del sujeto. En estos casos, se pierde en gran medida la narración pasada, por lo que el rol del cuidador que puede ayudar a suplementar en ciertos momentos la narrativa pasada cobra suma utilidad. En sus etapas tempranas y moderadas, el paciente con Alzheimer se beneficia de la labor del cuidador, que provee información útil para la toma de decisiones y para complementar la identidad narrativa sumida en el presente del paciente con Alzheimer.

La forma de comprender la identidad narrativa del sujeto con Alzheimer puede o no estar vinculada a las experiencias pasadas del sujeto, debido a la creciente fragilidad de la retención de memorias pasadas. Esta forma de entender la identidad narrativa de un sujeto con pérdida de memoria permite entonces considerar, aunque no depender, de los eventos pasados en la

construcción de identidad narrativa. No se depende cabalmente de los eventos del pasado porque se le reconoce al paciente poseer una narrativa frágil, del tiempo presente, en las etapas tempranas y moderadas de la enfermedad, incluso ahí en donde su visión de sí mismo choca con la narrativa de largo aliento que provee una persona externa.

Por lo demás, es necesario insistir en que el ironismo relacional sólo se enfoca en etapas tempranas y moderadas de la enfermedad, que es cuando aún existen capacidades de comunicación por parte del sujeto con la enfermedad. Si bien la recolección de memorias pasadas puede ser vaga, confusa o nula en algunos casos, es posible establecer una conexión con la narrativa expresada por parte del sujeto, y lo que el cuidador conoce de la narrativa previa a la enfermedad. En estas etapas, quizás convenga que el cuidador respete la nueva narrativa, llamémosla así, presentista del paciente, sin querer corregirla, ni mostrar que es errónea en vistas del pasado. La situación es diferente en casos avanzados cuando este tipo de narración en primera persona no existe. En tales etapas, la dependencia del paciente respecto de un sujeto externa se torna cabal.

La propuesta del ironismo relacional resulta útil, pues, dentro de los marcos especificados. Por cierto, no ofrece una receta algorítmica infalible, pero avanza una perspectiva conciliadora que tiene beneficios a la hora de reconocer la identidad de un paciente con Alzheimer. El ironismo relacional busca asegurar un cierto balance en el cuidado del paciente. Por este balance en el cuidado se entiende como, por una parte, otorgar instancias de decisión para quienes sufren de Alzheimer, dentro de cierto marco de sentido común en lo que se puede, sin permitir que el sujeto ponga en riesgo su integridad, pero reconociéndole todavía su capacidad para tomar decisiones en el día a día de su presente vigente (decisiones tales como la ropa que quiere vestir, el lugar donde quiere pasar una tarde, o la comida que le gustaría servirse, entre otras). El que una persona con esta enfermedad tenga oportunidades para tomar decisiones en su rutina diaria, aunque parezcan ser de menor importancia, puede aminorar la ansiedad que se vive post-diagnóstico y la desorientación, así como mejorar el manejo de las emociones que un sujeto con Alzheimer puede presentar debido a la creciente frustración.

La presencia de un sujeto externo y cercano, que pueda suplementar en etapas tempranas y moderadas de la enfermedad elementos relevantes de la narrativa del sujeto con Alzheimer, tiene también beneficios para el cuidado del paciente. En las etapas iniciales, tal información entregada por un agente externo permite ayudar, acompañar y guiar al paciente en la nueva etapa de la vida que comienza, así como también ofrecer información relevante para la toma de decisiones clínicas paliativas. El ironismo relacional sugiere que el agente externo puede suplementar narrativa del paciente en estos periodos, sin antagonizar constantemente con quien experimenta la pérdida de memoria. Ello es de suma importancia terapéutica debido a que el cuidador puede guiar y acompañar al paciente en el proceso inicial y moderado de la enfermedad sin anularlo, sino fomentando la persistencia de una identidad dinámica que emerge de dos fuentes y que facilita la tarea de navegar las instancias en las que es necesario recolectar decisiones pasadas (tales como la administración de los bienes del sujeto), a la vez que dar espacio de toma de decisión en el estado actual (tales como la decisión de ver una película y

cuál, entre otras decisiones diarias antes mencionadas). Por supuesto este último aspecto debe de tener en cuenta el bienestar físico y emocional del propio sujeto y de quienes lo rodean.

Una vez más, si quien padece Alzheimer en etapa intermedia quiere incursionar en malabarismo, cosa a la que jamás le ha prestado la mínima atención previamente, quien está a su cargo puede antagonizar constantemente esta decisión justificando que esta actividad no es algo que usualmente fuera de su interés. Esto conllevaría efectos negativos en quien quiere proseguir esta actividad, generando sentimientos de frustración o angustia. Sin embargo, si el cuidador decide validar este interés, independientemente de que este no haya nunca pertenecido a la identidad narrativa del sujeto previo a su pérdida de memoria, se le puede de esta forma dar más espacio de decisión a quien sufre la enfermedad. Además, el cuidador puede buscar formas seguras de fomentar el interés, como entregarle pelotas pequeñas y blandas en lugar de elementos más riesgosos.

6. Conclusión

En el presente artículo hemos abordado el problema de la identidad en pacientes con Alzheimer. En particular, tras examinar parte importante de la literatura filosófica al respecto, hemos elaborado y defendido el ironismo relacional, que sostiene que es posible tener una identidad en tensión en caso de quien sufre de Alzheimer. Esta identidad en tensión se compone de la narrativa actual del sujeto con Alzheimer, contrapuesta con la narrativa que ofrece una persona cercana, la cual tiene acceso a la información pasada que el primero olvida. Ambas son consideradas como válidas y constituyentes de la identidad de quien padece Alzheimer, esto incluso a pesar de poder ser contradictorias entre sí.

Entre los beneficios que presenta el ironismo relacional se encuentra el aliviar la disonancia que existe para quienes son cercanos al sujeto con la enfermedad e intuyen por sus acciones que “no es el mismo que antes”. Por otro lado, permite entender al sujeto con Alzheimer como uno con una identidad narrativa limitada, pero válida. Esta versión de identidad valida ambas, haciéndose cargo que la forma identitaria de un sujeto en este estado es una que está en tensión, ofreciendo la oportunidad de un trato mucho menos conflictivo y más dignificante.

Aunque esta propuesta no resuelve las cuestiones fundamentales de la enfermedad de Alzheimer, nuestra propuesta ofrece un marco teórico filosóficamente fundamentado que permite comprender la constitución identitaria del paciente con Alzheimer en las etapas tempranas y moderadas. Esto permite, entre otras cosas, derivar sugerencias prácticas para su cuidado. Entre ellas, otorgarle relevancia y, por ende, dignidad a la narrativa presente y estrecha del paciente con Alzheimer. Aún dadas sus restricciones, el paciente cuenta aún con la capacidad de expresar intereses y deseos en su día a día. Esto tiene potencialmente el efecto de disminuir la frustración y ansiedad usualmente asociadas a las etapas tempranas y moderadas de la en-



fermedad. El ironismo relacional acepta la disparidad de narrativas como válidas siempre que ellas no pongan en riesgo el bienestar del paciente.

Referencias bibliográficas

- Baylis, F. (2012). The self in situ: A relational account of personal identity. In J. Downie & J.J. Llewelyn (Eds.), *Being Relational: Reflections on Relational Theory and Health Law* (pp. 109-131). UBC Press. <https://doi.org/10.1017/S2753906700003855>
- James, Oliver (2009). *Contented Dementia*. Vermilion.
- Jauhar, S. (2023a) When My Father Got Alzheimer's, I Had to Learn to Lie to Him, *New York Times*, <https://www.nytimes.com/2023/04/07/opinion/alzheimers-dementia-lying.html>
- Jauhar, S. (2023b) *My Father's Brain. Life in the Shadow of Alzheimer's*. Farrar, Straus and Giroux.
- Lindemann, H. N. (2001). *Damaged Identities. Narrative Repair*. Cornell University. <https://doi.org/10.1017/S2753906700000814>
- Néspolo, J. (2007). El problema de la identidad narrativa en la filosofía de Paul Ricoeur. *Orbis Tertius*, 12(13), 213-221. <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv12n13a07>
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo veintiuno.
- Rorty, R. (1989). *Contingency, irony, and solidarity*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511804397>
- Schechtman, M. (1996). *The Constitution of Selves*. Cornell University. <https://www.jstor.org/stable/10.7591/j.ctv75d3xw>
- Shoemaker, D. (2005). Personal Identity and Ethics. *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/fall2021/entries/identity-ethics/>

